

en el título de este libro, suerte de memorias rescatadas por diversos eruditos, a veces en condiciones novelescas (una cámara secreta, habitada por insectos y alimañas) y puesta en sabroso y evocativo castellano por los dos arabistas del caso. Un prólogo informativo sitúa al lector lego en el contexto histórico y permite recorrer la narración de guerras, fundaciones y final expulsión del destronado Abd Allah.

Frente a la rudeza bárbara del invasor, el rey zigrí exhibe su estoica y elegante melancolía, se decide, al fin, por tener descendencia y escribe, como si engendrara a un hijo más, su libro. No sólo hay en él la anécdota de los sucesos memorables, sino también consideraciones acerca del fatalismo, la astrología y el margen de libertad que el hombre tiene para desarrollarse moralmente. Abd Allah leyó a sus clásicos, no sólo el Alcorán, sino a los griegos, a los judíos y a los cristianos. Creía en el dominio de la religión sobre el conocimiento, pero no en conflicto con la ciencia. Era musulmán mas concebía su fe como universal. Hasta se permite reconocer en Cristo al Mesías.

Aparte de la información histórica, el libro contiene noticias sobre higiene y medicina, observaciones éticas sobre la vida en

términos de naturaleza y límites, medidas armoniosas y equilibrios de humores y temperamentos. A pesar del Profeta, Abd Allah admite el vino como remedio y en cantidades razonables, a la vez que explicita su admiración por los efebos y mancebos hermosos. Fue, según sus comentaristas, un mal rey, más amigo de fiestas que de batallas, que se vio sometido a las mujeres de la corte, cedió parte de su reino y acabó sepultado por su propio y corrupto castillo de naipes. Tuvo una vida semejante y diversa de los demás. Con este libro pagó su deuda con la historia.

Trilogía del vagabundo, *Knut Hamsun*. Traducciones de Pedro Camacho y Luis Molins. Alfaguara, Madrid, 2005, 517 pp.

Leído y premiado en su tiempo, el noruego Hamsun (1859-1952) ha caído en el mausoleo de los especialistas y los diccionarios. Esta reedición puede mostrar su resistente actualidad, ante todo por una técnica narrativa que nos sabe a cine por su cortante y acezante brevedad de escenas, su economía de incisos y detalles de ambiente, la cavilada oportunidad de sus diálogos. Todo ello sigue

en pie a través de unas traducciones cuidadosas, nítidas y ricas de vocabularios inherentes al medio rural nórdico.

Hamsun admite ser leído como un romántico. Su protagonista, un vagabundo a punto de envejecer, es el apátrida del romanticismo, que contempla la vida como ajena, la va retratando y se convierte en escritor mientras lo hace. El mundo le es extraño, las gentes lo apasionan pero no les pertenece, los amores son siempre infranqueables y así conservan su toque ideal, el *Wanderer* sólo se halla en una pasajera tierra propia cuando encuentra a un sosías, a un espejo en el cual mirarse y una voz para ser escuchada y replicada. El desfile de gentes, lugares, estaciones, historias, evocaciones y paisajes es de una riqueza precisa y bien hallada. Como los buenos narradores, Hamsun siempre «tropieza» con la escena o el personaje que le conviene. Su moraleja es precisa: «Nada me acosa, poco me importa el sitio en que me encuentro».

La trilogía puede leerse también como una alegoría de la vejez, ese momento de la vida que se convierte en despedida y en constatación de ajenidad en el mundo. Los viejos ya no viven la vida, son apenas cuerpo del recuerdo. «Somos como cartas que se han expedido: no estamos ya en circulación, hemos

llegado al destinatario.» El destinatario es, desde luego, el lector, ese tú al que se dedica el libro en el epílogo. O Dios, porque el peregrino que en el más acá no encuentra lo que busca, se inquieta por disponerse al viaje que lleva a la verdadera patria, la que siempre está más allá. Con ello se cierra el círculo romántico y echa a rodar.

La littérature française au présent. Héritage, modernité, mutations.

Dominique Viart y Bruno Vercier. Con la colaboración de Franck Evrard. Bordas, Paris, 2005, 512 pp.

Historiar el presente es tan difícil como indispensable. Difícil porque no tiene límites precisos, indispensable porque es la única historia en la que estamos vivos. Los autores, al encarar la actual literatura francesa, la producida desde 1980 y sin poner fronteras políticas (las literaturas francófonas son el objeto pertinente) adoptan un inteligente criterio fenomenológico: observan el campo de estudio y determinan sus líneas de fuerza: la vuelta a la autorreferencia, ficcionalizar la historia, replantear el realismo y el compromiso, redefinir las vanguardias, proponer escrituras comunitarias, salvar la novela como un

género en constante resituación, ordenar las tendencias de la poesía lírica y del teatro.

Corresponde elogiar la claridad categorial de los autores y su buen orden expositivo, de modo que el estudioso, el estudiante y el mero lego interesado en la mate-

ria, dispongan de un trabajo hecho a conciencia documental y con el objetivo de poner en su lugar las cosas que, por estar en proceso, propenden a salirse de las casillas.

B.M.



José Donoso. Foto Estudio Malet

El fondo de la maleta

Quijotitis

Ha pasado ya el año quijotiano, quijotesco, quijotista, quijótico, quijotítico o como quiera denominárselo, que de todas estas maneras y, seguramente, muchas más, lo habría hecho el propio Cervantes. Ha habido abuso del emblema, hasta con buenos resultados turísticos. El saldo científico y literario es mucho más modesto. En todo caso, si las celebraciones han servido para ampliar el número de lectores sumidos en el *Quijote*, corresponde aceptar el esfuerzo, el gasto y hasta el malgasto.

En 1921 se celebró en Italia el sexto centenario de la muerte de Dante. Era entonces ministro del ramo el escritor Benedetto Croce, quien decidió reducir los fastos al mínimo y dedicar la mayor parte del presupuesto a ediciones baratas del celebrado. Desde luego, Italia era entonces un país pobre y España es hoy un país rico. Pero el criterio sigue en pie.

Estas conmemoraciones tienen, al menos, dos riesgos. Uno es convertir el libro cervantino en un enojoso monumento nacional,

solemne y hermético, un libro con el cual no se puede convivir y al cual se aloja en una estantería como quien guarda los restos de un familiar muerto en un obituario municipal. Todo clásico está vivo y por eso responde a su naturaleza. Dialogamos con él, imaginamos que nos escucha y responde a nuestras demandas.

El otro riesgo es el contrario: creer que el *Quijote* es un libro leve y divertido, en el peor sentido de la palabra, es decir: distractivo, divagante y pasajero. Lo que hay en Cervantes es ironía, o sea trato de buen humor respecto a las cosas más graves de la vida. Cuando se ríe Cervantes, más allá de la distancia irónica, se le salta alguna lágrima. Y, según su calidad de gran artista, evita la congoja y elude el sollozo.

Hay que evadirse de la litúrgica solemnidad y transitar hacia el razonamiento irónico de Cervantes, quien ha puesto en cuestión las instituciones de la literatura: el estilo elevado, la realidad del personaje, los géneros y, especialmente, la figura del autor. No hay autoridad en el *Quijote* sino liber-